

Latinoamérica UN SECUESTRO CADA DIA

El auto se desplaza lentamente. Sus ocupantes conversan o, simplemente, se aburren. Inesperadamente, otro vehículo se atraviesa en la vía. El chirrido de los frenos apenas se apaga cuando los supuestamente infractores del tránsito ya se han encimado armas en mano sobre el automóvil, cuyo principal pasajero es obligado a cambiar, contra su voluntad, desde luego, de medio de locomoción. Todo ocurrió en menos segundos que los que demoró usted en leerlo.

La acción, con algunas variantes, se ha repetido ya siete veces en otros tantos meses. Dos veces ha ocurrido en Brasil, tres en Guatemala, una en la República Dominicana y dos en Argentina. La última ha sido la del ex Presidente Aramburu, el hombre que derribó el régimen de Perón.

En el mismo lapso de tiempo, cinco veces han aterrizado en Méjico aviones procedentes de Brasil, Guatemala y la República Dominicana, llevando en su interior una preciosa carga de revolucionarios encarcelados, que ya ascienden a cuarenta y cuatro. De ellos, veinte son brasileños; otros tantos, dominicanos, y cuatro, guatemaltecos.

El primer secuestro de un diplomático para canjearlo por presos políticos (se logró la libertad de quince) ocurrió en Río de Janeiro el 4 de septiembre de 1969. El hombre escogido fue el embajador de los Estados Unidos, Charles Burke Elbrick. El secuestro de Elbrick causó conmoción por ser la primera acción de este tipo que se realizaba y por tratarse del más importante diplomático en el mayor país de Latinoamérica. Sirvió, además, para revelar a Brasil y al mundo la audacia y fortaleza del movimiento revolucionario en el país, así como la capacidad del gobierno para hacer frente a este movimiento. La Acción Liberadora Nacional y el Movimiento Revolucionario 8 de Octubre iniciaron con esta acción lo que ya se ha transformado en un eficaz método para lograr la liberación expeditiva de revolucionarios. Inmediatamente a continuación del secuestro de Elbrick se comenzó a especular en los medios periodísticos, políticos y diplomáticos de Latinoamérica acerca de la posibilidad de nuevas acciones de este tipo.

Casi seis meses habían transcurrido sin que un segundo secuestro siguiera al primero. Las especulaciones iniciales iban desapareciendo. Las medidas de seguridad para proteger a los diplomáticos, que se tomaron en un principio en distintos países, disminuían sensiblemente. Sin embargo, el 27 de febrero de 1970 era secuestrado por las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR)

de Guatemala el canciller de ese país, Alberto Fuentes Mohr. Un nuevo preso político partía hacia Méjico a cambio de su liberación. Las especulaciones y versiones resurgieron con mayor brío. Las medidas de seguridad se fortalecieron de nuevo. Pero esta vez sí fueron confirmadas por los hechos. Cinco secuestros más siguieron al de Fuentes Mohr en el breve plazo de treinta y dos días.



El ex Presidente
Pedro Eugenio Aramburu.

El tercer secuestrado fue el agregado laboral de la Embajada norteamericana en Guatemala, Sean M. Holly, el 6 de marzo, a cambio de quien las FAR lograron la libertad de otros tres revolucionarios.

Cinco días más tarde, la Vanguardia Popular Revolucionaria secuestraba en Sao Paulo, Brasil, al cónsul general de Japón, Nobuo Okuchi, y abría de este modo las puertas de la prisión a otros cinco combatientes contra el régimen brasileño.

El 24 de marzo, el Comando Unificado Antirreeleccionista, formado por militantes del Partido Revolucionario Dominicano y el Movimiento Popular Dominicano, secuestraba a Donald J. Crowley, agregado aéreo de la Embajada de los Estados Unidos en Santo Domingo, con lo cual se daba a conocer públicamente como organización y obtenía la excarcelación de 20 presos políticos, llevados a Méjico al igual que los anteriores. El mismo día, el Frente Argentino de Liberación utilizaba un método similar para darse a conocer, al secuestrar a Waldemar Sánchez, cónsul paraguayo en la localidad de Ituzáingo, provincia de Corrientes, a cambio del cual se pidió la libertad de dos presos políticos. Sin embargo, el régimen argentino se negó a aceptar las condiciones del FAL, y éste, a pesar de que denunció el asesinato

de Alejandro Baldú, cuya liberación era exigida junto a Carlos Dellanave, decidió no ajusticiar al cónsul, como había advertido, dejándole en libertad «por razones humanitarias».

Es el primer intento de secuestro que fracasa. Su razón parece residir fundamentalmente en la poca importancia que tenía el susodicho cónsul. Argentina no depende de Paraguay, sino al contrario, lo que explica que el general Juan Carlos Onganía no accediera a las demandas del FAL a pesar de tener en el país como huésped (llegó al día siguiente del secuestro) al dictador paraguayo Alfredo Stroessner. Este, por otra parte, no dio el menor indicio de haberse preocupado por la liberación de Sánchez.

El sexto secuestro en treinta y tres días, y tercero en Guatemala en igual lapso de tiempo, se produjo el 31 de marzo. Los protagonistas fueron nuevamente las FAR como elemento activo y el embajador de la República Federal de Alemania Karl von Spreti como sujeto pasivo. Cinco días después del secuestro, el cadáver de Von Spreti aparecía en una vivienda cercana a la capital guatemalteca. Habían sido cinco días tensos, en los que — pese a múltiples presiones de la República Federal de Alemania— el régimen guatemalteco se negó a aceptar las demandas

sido acreditados, y lo censuraba por no haber hecho todos los esfuerzos necesarios para lograr la liberación del embajador. Por su parte, el ministro de Relaciones Exteriores de la República Federal de Alemania, Walter Scheel, advirtió que si el régimen guatemalteco no hacía todo lo que estuviera a su alcance por salvar la vida del diplomático, esto podría deteriorar las relaciones entre ambos países. Entre tanto, los sectores diplomáticos y gubernamentales latinoamericanos se encuentran preocupados en extremo. ¿Quién será el próximo secuestrado? ¿Dónde ocurrirá el nuevo golpe? Son preguntas que muchos se formulan hoy.

Como los desvíos de aviones y los asaltos a Bancos realizados por grupos revolucionarios en distintos países —al principio, esporádicos—, los secuestros de diplomáticos y figuras oficiales parecen denotar una tendencia a convertirse en plato de todos los días. Y lo que más preocupa a los gobernantes latinoamericanos es que —al igual que con los desvíos de aviones y los asaltos a Bancos— las medidas de seguridad que se toman no dan siempre los resultados esperados.

Por el momento, la prensa de derecha del continente ha iniciado una gran campaña contra quienes realizan los secuestros, pidiendo sanciones más fuertes para los eje-



La esposa del ex Presidente, con su hijo Eugenio y el coronel Montiel Forzano, amigo de la familia.

de las FAR, que pedían a cambio la libertad de veintidós guerrilleros y 700.000 dólares. Un funcionario de la Embajada germanooccidental en Guatemala, al conocerse la negativa oficial a efectuar el canje, comentó que el régimen guatemalteco había condenado a muerte al embajador de su país. En un mensaje al presidente guatemalteco, Julio César Méndez Montenegro, el jefe del gobierno germanooccidental, Willy Brandt, le recordaba que era su deber proteger la vida de los diplomáticos que habían

actuado de este tipo de acciones. En cuanto a los sectores gubernamentales, el régimen argentino lanzó la idea —y hasta el momento el régimen boliviano ya le había dado su respaldo— de convocar a una reunión de cancilleres de la OEA para discutir un proyecto destinado a que los países del continente no otorguen asilo a los presos políticos liberados a través de secuestros. En el plano opuesto, Méjico y Chile mostraron ya su desacuerdo con la proposición argentina. ■ ABEL SARDINA.